

EL BOOMERANG DE MARX

los militantes del SPD germano, del 90 por 100 del Labour o del 80 por 100 de los socialistas suecos son sindicalistas, los socialdemócratas españoles necesitan de UGT. De lo contrario, en España la socialdemocracia sería poco más que una potente corriente de opinión ampliamente extendida en medios técnico-profesionales y en círculos de intelectuales ex revolucionarios desencantados y escépticos. Para que sea algo más que una superestructura ideológica al sector socialdemócrata del PSOE le es imprescindible el concurso de la Unión General

de Trabajadores. El problema radica, para cualquier observador neutral, que la socialdemocracia necesita de un movimiento de masas como es UGT, y en la medida que lo consiga UGT puede entrar en un grave proceso de autoeliminación.

Compromiso interno o compromiso externo

Por todo ello no va a ser nada fácil para los socialdemócratas redondear su victoria en la amplitud y extensión que desearían y necesitan. Una minoría marxista cualifi-

cada puede ser el gran incordio para sus planes y perspectivas políticas. Su reconocimiento y representación en el seno de la dirección socialista volvería a dejar prácticamente las cosas como estaban en las vísperas del XXVIII Congreso y rompería "ipso facto" cualquier posibilidad política que tuvieran o tengan "in mente".

Y es que el compromiso interno que buscan los marxistas, por obvias razones políticas, va contra el compromiso externo que estudian los socialdemócratas. Es por lo que si Helmut Schmidt tiene sus "jusos", Mitterrand su

Ceres y Olof Palme su Meidner, Felipe González no puede tener en este momento a Luis Gómez Llorente. Este pluralismo interior de los partidos socialistas difícilmente puede encontrar ahora su reflejo en la dirección del PSOE dada la específica coyuntura política crítica. Sólo una rotunda victoria socialdemócrata eximiría de la necesidad de este compromiso interno y dejaría el camino allanado, si fuese necesario, para el compromiso externo.

De esta manera la polémica sobre Marx, lanzada probablemente para una determinada operación política, podría acabar convirtiéndose en el "boomerang" que la paralizase en su gestación. La respuesta estará en los porcentajes de cada sector ideológico en el próximo Congreso. Cabe afirmar que en la medida que se llegue, si es que se puede llegar antes o después de esta reunión extraordinaria, a un compromiso interno quedará excluido el compromiso externo. El interregno socialista dilucidará qué tipo de compromisos prefiere: el interno, que consolida al PSOE, o el externo, que sin ninguna duda abre el camino al desarrollo y potenciación del PCE. En ningún lugar está escrito que el PSOE tenga que ser el partido hegemónico de la izquierda. En la vida, y menos en la político-sindical, no hay ninguna receta escrita de una vez para siempre: hacer vivir y crecer un partido o un sindicato no es hacer un "pudding". Y que nos sea perdonada la impertinencia de la expresión si recordamos que el viejo Engels, que algo tuvo que ver con el programa máximo del PSOE, afirmaba que la sola prueba para saber si el "pudding" ha salido bien es comerlo. Así ocurre con las formas organizativas político-sindicales, cuya eficacia y utilidad se conocen en el trabajo y en la práctica. ■ F. L. A.

Andalucía Triple terrorismo

AL pueblo andaluz le toca siempre la china negra. Le llega ahora ese terrorismo extraño, desestabilizador, de los siniestros grapos. La violencia se vive en Andalucía a tres bandas: la que procede, de rechazo, de Euskadi; la producida en terreno propio y el otro terrorismo, ya secular en el Sur, que se conoce y se sufre con el nombre de paro.

Algún día habrá que hacer una reflexión seria, serena, sobre los andaluces que mueren en Euskadi, los andaluces, mano de obra para todos, fregantines en los restaurantes de Hamburgo, hasta agentes del orden público, profesión a la que se han visto abocados muchos jóvenes.

Los grapos aparecen de tarde en tarde por Andalucía. Se sabe que células de la organización se mueven desde hace algún tiempo entre Cádiz y Sevilla. Desde el día 10 de mayo, Sevilla es un blanco mortal de los grapos. Ese día cae asesinado el policía nacional Juan Manuel Torres y otro compañero, Juan Torrebejano, es herido de gravedad. Días después, una bomba de seis kilos destroza la sede sevillana del PSA; se salvan milagrosamente cinco personas que se encontraban en el lugar andalucista de la calle Sierpes. El día 25, en otro tiroteo entre la Policía y miembros del GRAPO, en el polígono de San Pablo de Sevilla, se registran dos nuevas víctimas: un inspector de Policía, Damián Seco Fernández, y un joven de dieciocho años, Antonio Cívico Mendoza, que casualmente pasaba por el lugar. Dos miembros de la organización, que actuaba en Sevilla, caen muertos el día 26 en un enfrentamiento con la Guardia Civil, en la provincia de Teruel. También ese día, otro grapo es detenido en la

capital hispalense, declarándose autor de los últimos atentados.

Situado en esta misma banda de terrorismo en campo propio, Andalucía tiene también esa lacra de violencia de la extrema derecha: los que disparan a la sede de los partidos, los que queman el coche del diputado del PSOE José Vida Soria, lo que lanzan cócteles Molotov contra las casas de militantes de izquierdas, los que provocan las manifestaciones y queman banderas andaluzas, los pistoleros sueltos con patentes de corso, tan conocidos en Málaga, Sevilla y Córdoba, de la violencia derechista jamás se dan noticias. Suelen ser, a veces, nombres muy sonoros, que chulean su inmunidad por las calles de nuestros pueblos.

El terrorismo del hambre es el más grave: la violencia del caciquismo, del analfabetismo, la violencia planificada para lanzar a un pueblo al paro y la emigración, los pueblos que quedan en el Sur, sin luz en las casas; pueblos enteros aislados, sin teléfono, sobre los que se practica este otro terrorismo solapado y cruel del abandono.

De todos los terrorismos, el del subdesarrollo es el que más mata. Cuando aquel trabajador de hostelería se tiró de un balcón, desesperado ante la situación laboral del gremio, ¿fue aquello un suicidio? Fue, ni más ni menos, que un atentado terrorista. ¿Y no es también un atentado terrorista que los trenes se llenen de andaluces, como deportados de su tierra, para trabajar en la vendimia francesa? Cuando los gobernantes hablen de combatir el fenómeno terrorista, no se olviden de atajar como tarea prioritaria la violencia institucionalizada que es el paro. ■ A. RAMOS ESPEJO